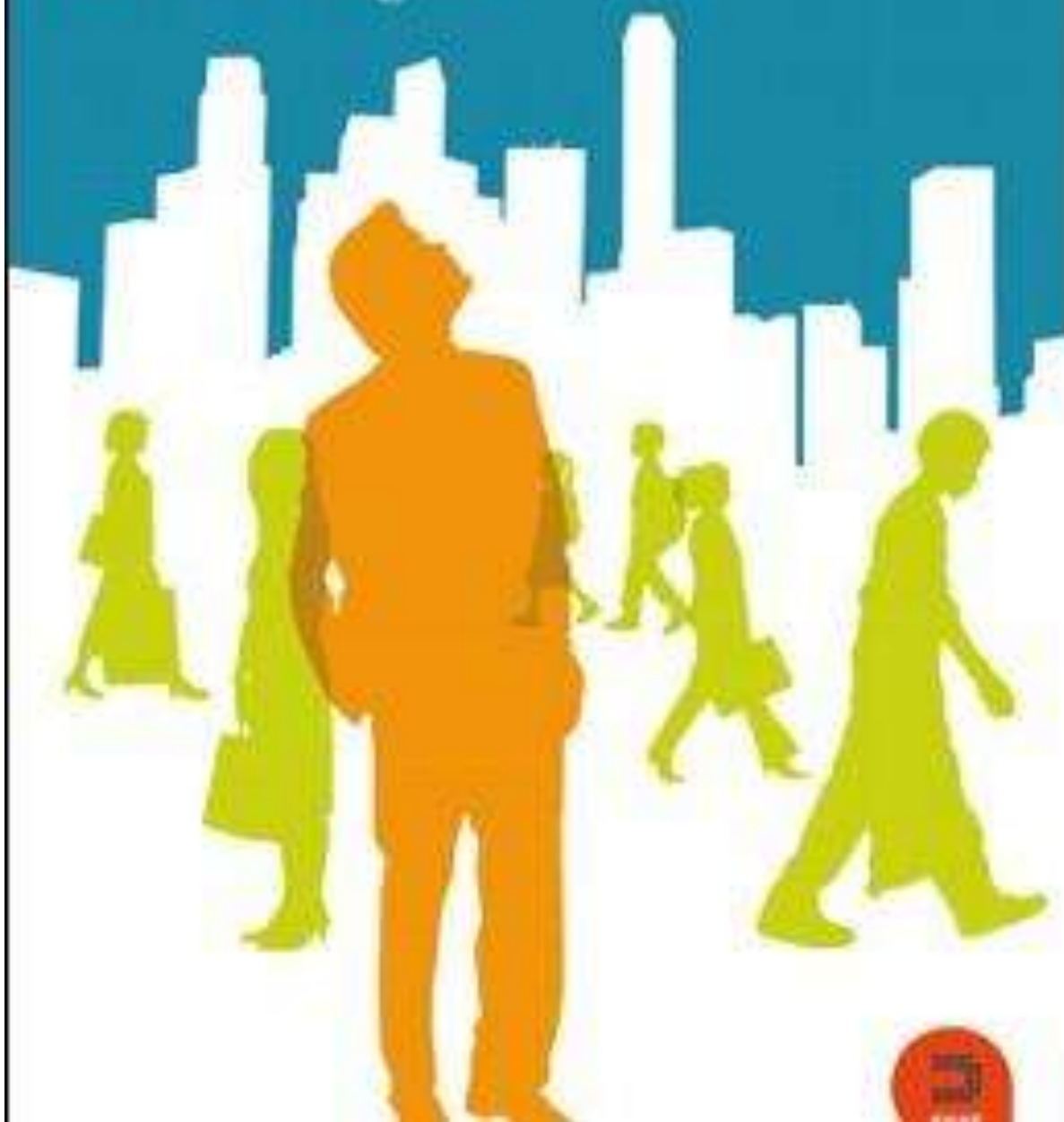


MEDITACIONES DESDE
LA CALLE

Jairo del Agua



HABLEMOS DEL DOLOR

LAS REFLEXIONES

165

Me preguntaron: ¿Cómo te explicas tú el dolor? Y no pude evadirme sin hilar una respuesta. Después me puse a expresar mis palabras por si a alguien pudieran ayudar.

En una elevadísima proporción el dolor es «*dolor evitable*». Está causado por la propia libertad del hombre, su origen está en nuestras libres decisiones.

Somos nosotros mismos quienes cultivamos una insólita variedad de *dolores físicos*. Es el caso, por ejemplo, del fumador que sufre el zarpazo del tabaco o del bebedor al que tumba una cirrosis. O el de quien desemboca en una osteoporosis por falta de ejercicio. O el aplaudido abanico de los horribles e injustificables traumas de los llamados deportes de riesgo. ¡Cuántos dolores evitables nos pueden contar los médicos! Bastaría un poco de inteligencia y voluntad a la hora de usar nuestra libertad para minorarlos o desterrarlos.

También cultivamos muchos *dolores interiores*. Las depresiones, complejos, aversiones, ansiedades, soledades, obsesiones, ambiciones, culpabilidades, etc. suelen ser fruto de nuestros

desórdenes y de nuestro olvido de la interioridad. Vivimos hacia fuera, nos importa solo el disfrute inmediato e irreflexivo. No pensamos en las consecuencias de nuestros actos o nuestras costumbres. ¡Cuántos dolores evitables nos podrían contar los psicólogos, los psiquiatras, los confesores o, simplemente, los confidentes de tantas personas doloridas! Bastaría poner los medios para limpiar nuestra interioridad lo mismo que nos lavamos el cuerpo o nos cepillamos los dientes.

170

Nos engañamos, nos abandonamos, nos arrastramos por la vida y, en consecuencia, sufrimos. La ansiada felicidad solo se consigue extrayendo los tesoros de nuestra mina interior. En el carnet personal, junto a la fecha de nacimiento, debería advertirse: «Los años no maduran, son solo el camino. Lo que madura es caminar por los años». Y caminar supone tener metas, tomar decisiones sabias y movilizar energías. Caminar requiere inteligencia y esfuerzo, algo para lo que el ser humano está específicamente dotado. Claudicar, arrastrarse como un gusano o esconder la cabeza como un avestruz, nos degrada a una vida inferior llena de decepciones y dolor.

Las *decisiones personales* nos acercan o nos alejan del dolor permanentemente. Tuve un médico que insistía en que no existe el estado de salud (concepto estático) sino el camino hacia la salud (concepto dinámico). Solía dibujar una línea recta mientras me explicaba: «Mira, en este extremo está la enfermedad y en este otro la salud. Nunca estamos parados, siempre nos movemos hacia la enfermedad o hacia la salud. Todas nuestras decisiones nos acercan a uno u otro extremo de esta raya. Por eso nuestras decisiones no son indiferentes. La libertad personal es el vehículo que nos acerca al bienestar o al dolor». Hay, pues, mucho dolor evitable que es consecuencia de nuestras decisiones.

Pero también las *decisiones de los otros* nos alcanzan. No somos criaturas aisladas, procedemos de unos padres y nos desarrollamos en grupos. Es imposible sustraerse a la influencia, benéfica o maléfica, de los otros, sobre todo de los más cercanos. Pueden alcanzarnos simplemente por contagio porque imitamos lo que vemos. El «entorno humano» (familia, colegio, amigos, etc.) y el «entorno material» (ciudad o pueblo, abundancia o escasez, geografía, clima, etc.) condicionan nuestra libertad personal y, por tanto, nuestra capacidad para alejarnos del dolor.

Hay una frase terrible que resume esta influencia: «Herimos con lo mismo que nos han herido». Si no cortamos esta fatídica cadena, nos convertimos en sembradores de dolor. Estas influencias nefastas suelen ser más o menos involuntarias e inconscientes.

171

Pero hay también quienes conscientemente nos imponen sus perniciosas decisiones, derriban nuestra libertad y nos clavan el aguijón del dolor. Es el caso del crimen, violación, robo, engaño, abusos, daños, imprudencias, maledicencias, etc. Quizás con esta óptica del dolor puedan entenderse mejor las llamadas «leyes de Dios» o «normas morales». Es evidente que son diques de contención del mal y por tanto del dolor.

El *dolor causado por otros* es más cruel, más perverso, menos evitable. Aunque nuestra libertad elija el bien y el orden, otros pueden imponernos el veneno del mal. Pueden ser dolores físicos, infligidos por una violencia más o menos feroz. Pueden ser dolores psicológicos, sutiles a veces, de múltiple pelaje. Son incontables los métodos que el hombre ha inventado para agredir y someter al hombre.

No menos crueles son los *dolores de omisión*, causados por tantísimos olvidos y dejaciones de otros, por tanta responsabilidad despreciada. Citaré solo dos dramáticos y actuales ejemplos:

los accidentes de tráfico y la paternidad irresponsable, dentro y fuera del matrimonio, tanto en la concepción como en la educación de los hijos.

Desde esta breve panorámica puede vislumbrarse que muchísimos dolores podrían evitarse si suprimiéramos las agresiones propias y ajenas. Quizás desde aquí pueda intuirse por qué el Evangelio (mapa de la felicidad) dibuja las autopistas de la paz (no violencia) y el amor (admiración y donación al otro). Quizás pueda también entreverse por qué se introduce en ese mapa —por primera vez en la Historia— el perdón (cortafuego de la violencia y diluyente del dolor recibido).

172

En esa generación del dolor también influye la limitación humana. Es la triste realidad de nuestra fragilidad que describe Pablo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Ro 7,19). Sin embargo, aunque nuestra limitación haga imposible la erradicación total del mal (el mal siempre significa dolor), estoy convencido de que las opciones de la libertad podrían disminuirlo hasta límites insospechados. El mal (dolor) podría ser mínimo, es decir, evitable en gran medida.

Menos comprensible es el *dolor inevitable*. Me refiero al dolor causado por las leyes de la naturaleza, por la imprevisible coincidencia de unos genes enfermizos o por una fatídica casualidad. En esos casos el misterio desborda mis limitados razonamientos, mi libertad es inútil y solo puedo acudir a sabias intuiciones de eficacia comprobada. De ello seguiré hablando.

LAS EXPERIENCIAS

Hemos nacido para ser felices. De eso estoy seguro. Pero, con demasiada frecuencia, conducimos nuestra vida obstina-

damente. Nos empeñamos en utilizar nuestra libertad para herirnos o para atacar. Ya lo expuse. Pero, cuando el dolor adviene sin causa prevista, sin elección posible, se convierte en un misterio. Cuando te diagnostican un cáncer irremediable... Cuando te avisan del accidente de tu esposo... Cuando aquel terremoto te dejó sin nada... Cuando... Entonces las preguntas te llueven como lanzas: ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora que estaba tan bien? ¿Por qué, si Dios es bueno, consiente todo esto? ¿Por qué...?

Un día caí en la cuenta de que nuestra limitada visión no puede penetrarlo todo, que hay respuestas de crecimiento lento y que la razón no es la única fuente de luz. Me zambullí en lo más profundo, dejé de zarandear mi cabecita y esperé respuestas del interior, de la vida, de la experiencia.

La primera sorpresa fue toparme con *la certeza de que el dolor madura, fortalece, hace crecer*. Seguramente porque te sumerge en ti mismo, te hace palpar tu propia fragilidad y te empuja a buscar dónde hacer pie. La sorpresa es que lo encuentras, que en el interior más hondo hay sólidas cristalizaciones donde apoyarse y descansar. Esa experiencia te hace más consistente, más lúcido y más humilde. La vida empieza a percibirse de otra manera, a vivirse con más responsabilidad y, curiosamente, con más gozo.

Más tarde descubrí la *cortina del tiempo*. Ni el calendario, ni el reloj, ni la agenda son capaces de desvelarnos lo que se oculta tras esa cortina negra o multicolor. ¡Cuántas veces, después de una noche tenebrosa, descubrimos un amanecer radiante! Vivimos con la nariz pegada al tiempo y eso nos impide ver más allá del dolor presente. ¡Cuántas veces un accidente, una enfermedad, una separación o una bancarrota son el comienzo de la paz! La sabiduría popular lo tiene acuñado: «No hay mal que por bien no venga».

Tarda uno en descubrir que, como toda experiencia, el *dolor es personal*. No caben comparaciones, ni proyecciones, ni recetas, ni compasiones. Cuando el dolor aprieta, cada uno destila su propia esencia. Nadie puede hacerlo por ti. Sin embargo, somos muy proclives a interpretar el dolor de otros desde nuestra sensibilidad, desde nuestras heridas y desequilibrios.

174

Es decir, caemos en el *funcionamiento sensible*, abandonamos el globo de la sensibilidad, sin lastre y sin amarras, a los cambiantes vientos del momento. Nos ahogamos entonces en la vociferante superficialidad, en la sensiblería, en el dramatismo. Caemos, incluso, en la exasperación y el histerismo. No conseguimos más que hundirnos nosotros y contagiar al otro. Lo que realmente ayuda es la fe en el otro, el afecto, la escucha, la serenidad y la solidez del que se acerca al dolor de otros.

También afilamos el dolor, propio o ajeno, con el *funcionamiento imaginativo* que agrava, dramatiza y exagera los males presentes o futuros. Me descubrieron un tumor pero, hasta que me dieron los resultados, cuánto miedo, cuánto sufrimiento, cuánta imaginación descontrolada e inútil... La imaginación envenena la realidad, nos la hace insoportable. Muchas ansiedades tienen su secreto origen en este mal funcionamiento. Un proverbio chino lo sintetiza: «El que teme sufrir, sufre de temor». Hay quien se compadece tanto que se asfixia. La compasión no es quemarse con el quemado sino echar agua a su fuego o... a su jardín.

Aprendí esta lección cuando, presa de mi delirante imaginación, evadía a mi tía Paula, casi ciega e incurable. Se me hacía insoportable acercarme a su imaginado sufrimiento. Un día me armé de valor y fui a verla. Su sonrisa, su paz, su preocupación por mí, me relajaron. Pero, cuando ella me confesó quedamente

«Soy feliz, hijo mío, soy feliz», rompí a llorar como un niño mientras ella me acariciaba. No olvidaré aquella lección porque yo, con mis flamantes éxitos profesionales, no pude decirle lo mismo. Ahora sé que el dolor no se puede medir, ni imaginar, ni comparar. Solo se puede «aceptar» y «acompañar». Bajo la áspera túnica de lo que llamamos desgracia nos encontramos, a veces, la más genuina felicidad, la que nace de lo que uno es y no de lo que tiene, parece, sabe o hace.

He mencionado la palabra aceptar, pura sabiduría. Y, ante el dolor, llave de la consolación. Es de locos golpearse la cabeza contra el muro de lo inevitable, de lo inexplicable. Eso no hace sino aumentar el dolor. Considero sabio a quien escribió: «por el abandono a la paz»²⁸, o aquello otro: «haz el cien por cien de lo que esté en tu mano pero abandona todo lo demás en las manos del Padre».

Hay todavía un descubrimiento más esencial y definitivo: *la inmanencia de Dios en nosotros* y, por tanto, en el dolor, en todo dolor. La experiencia, la vida, me han confirmado que Él nos habita, sostiene y conduce desde dentro. Nos rebelamos porque pensamos neciamente que Dios nos ha dejado caer en el abismo. ¿Podrá olvidarnos quien afirmó: «hasta vuestros cabellos están contados»? (Lc 12,17). La respuesta está escrita: «Aunque tu madre te olvide, yo no te olvidaré» (Is 49,15). ¿Acaso el padre del hijo pródigo no sufrió con el dolor del descarriado? Pero no podía negarle sus derechos. Esta otra cita también es luminosa: «Dios no nos salva, cuando nos estamos ahogando,

²⁸ Cfr. el audio de IGNACIO LARRAÑAGA, *Por el abandono a la paz*, Ediciones Paulinas.

haciéndonos caminar sobre las aguas, sino que nos salva dándonos fuerza desde dentro para nadar»²⁹.

Quizás este cuento —que circula por internet— resuma lo que quiero decir sobre esa Presencia que siempre habita nuestro dolor: «Mariela, una preciosa niña de seis años, nunca había oído hablar de religión. Sus padres la habían educado en un estricto ateísmo. Un día la pareja se enzarzó en una feroz discusión que terminó con la agresión mutua y la muerte de ambos. Los abuelos se hicieron cargo de la niña y la llevaron a catequesis para prepararla al bautismo. El primer día la catequista desenrolló un póster con el rostro de Jesús y preguntó: ¿Quién es este? Mariela levantó inmediatamente la mano. Y la pequeña respondió: Ese es el señor que me abrazaba mientras mis padres se pegaban».

176

Nunca podremos bucear en la experiencia de los demás, ni siquiera en esas catástrofes que nos sobrecogen. Nunca podremos descubrir cómo cada uno es sostenido, iluminado y abrazado en el mismo centro de su dolor o desgracia. Nunca sabremos ni la finalidad, ni la eficacia sanadora del dolor de otro. Solo podemos intuir, desde nuestra propia experiencia, esa «dulce Compañía» que nunca, nunca, abandona a sus hijos. Solo podemos entrever desde la perspectiva futura o desde la confianza en el Dios Amor que «todo es para bien» (Ro 8,28).

²⁹ Véase JOSÉ RAMÓN BUSTO *Cristología para empezar*, Sal Terrae, Santander, 1991, pág. 123.